

RELACIONES DE LA UNIÓN EUROPEA CON ASIA Y LA PENÍNSULA COREANA

Delfin Colomé*

Al hablarles de las Relaciones de la Unión Europea con Asia y la Península Coreana, quisiera hacerlo desde un punto de vista muy personal, sustentado en mi reciente experiencia de estos últimos cuatro años, como Director Ejecutivo de la Asia-Europe Foundation (ASEF); una institución situada en el marco de ASEM, lo que me ha permitido estar, de alguna manera, en el epicentro del diálogo entre la UE y Asia.

Pero debiera comenzar con una precisión previa. Cuando digo Asia, me refiero únicamente a Asia del Este, es decir, a los países miembros de ASEM (los dos más septentrionales –Corea y Japón- el gran “imperio del centro” –China- más los diez del Sudeste, miembros todos de ASEAN). Admito que ésto, académicamente, puede no parecer correcto, por cuanto supone, entre otros dislates, dejar a la India fuera del esquema. Pero sí es cierto que el marco de ASEM ha adquirido ya un perfil institucional muy importante en la configuración de las relaciones entre las dos regiones y que, además, nos permitirá ser más precisos. En definitiva –ustedes lo saben muy bien- no existe “una” Asia. Hay “muchas” Asias. Incluso los propios asiáticos sostienen que Asia es un concepto inventado por los europeos, desde su mentalidad colonial.

1. La Unión Europea y Asia

Hecha esta precisión, quisiera abrir propiamente mi intervención con una afirmación, surgida de un profundo convencimiento: Europa debería estar prioritariamente interesada en Asia; una región que acumula el 56% de la población, el 25% del PIB y el 22% del comercio mundial. Asia debería ser importante para Europa porque absorbe el 21% de nuestras exportaciones, siendo nuestro tercer cliente –en términos regionales- después de los propios países de la UE (el comercio intra-Union Europea) que alcanza un 31% y de NAFTA (28%).

* Diplomático, escritor y compositor, ha sido Embajador de España en Filipinas y, hasta muy recientemente, Director Ejecutivo de la Asia-Europe Foundation, con sede en Singapur.

Pero tengamos en cuenta que, al mismo tiempo, en Asia viven dos tercios de los pobres del planeta. Ochocientos millones de personas que sobreviven con menos de un dólar al día, lo que comporta una seria problemática que la UE intenta combatir, destinando a Asia un 30% de su AOD.

Asia es, además, una zona con conflictos que, por localizados que estén, no dejan de ser menos potencialmente peligrosos: Taiwan, el Mar de China Meridional, Aceh o Mindanao y, por supuesto, la dividida Península coreana.

Europa, como les he avanzado, ha canalizado su relación bi-regional con Asia, a través de ASEM. ¿Cómo?

Evoquemos, en primer lugar, el espectacular fenómeno de los tigres del Pacífico, que se dió a principios de los años noventa: un gran boom económico traducido en atractivos crecimientos anuales de doble dígito. Todos los países se consideraban tigres en aquel momento, incluso algunos que no lo eran tan claramente, como Filipinas. Cuando en febrero de 1997, presenté mis cartas credenciales como Embajador de España en Manila, al Presidente de la República, Fidel Ramos, me dedicó una foto en la que firmó una reveladora dedicatoria: “From tiger Fidel to tiger Delfin”.

La euforia reinaba en el ambiente del momento. En su onda, los hombres de negocios empujaron a los políticos para que crearan un marco institucional de diálogo, que propiciara una mejor relación entre Asia y Europa. Como justificación, se esgrimía la teoría del “lado perdido del triángulo”. La teoría, simplísima, decía que el mundo tenía tres destacados polos desarrollados: Norte América, el Este asiático y la Unión Europea que, respectivamente, ostentaban el 25-25-27% del PIB mundial. En ese triángulo, el “lado transatlántico” (relaciones entre la UE y Norte América) disponía de instituciones –como la OTAN, o poderosos y añejos mecanismos bilaterales- que facilitaban una mejores relaciones, al igual que sucedía con el “lado transpacífico” donde -de modo similar- existía APEC y una tupida red de acuerdos de defensa y cooperación. Sin embargo, el “lado euro-asiático” no tenía similar empuje.

ASEM fue creado como un mecanismo informal de diálogo –una fórmula innovadora, ya que su rigurosa informalidad hacía que incluso careciera de secretariado, para obviar burocracia- teniendo como objetivo la reunión de sus líderes, cada dos años. Pero ASEM fue innovador en dos extremos más. Por una parte, añadió a las dos venerables columnas sobre las que, tradicionalmente, se asientan las relaciones internacionales

(política y economía) una tercera, dedicada a la sociedad civil –un concepto que empezaba a emerger en aquellos años, la importancia de cuyo reconocimiento ha quedado sobradamente demostrada posteriormente. Además, en otra notable innovación, para tratar con las sociedades civiles de ambas regiones, se puso en marcha una fundación de derecho internacional privado, la Asia-Europe Foundation, que me he honrado en dirigir durante los últimos cuatro años (2000-2004).

ASEM-1 arrancó, con gran entusiasmo, en Bangkok, en 1996. Europa y Asia por fin se entendían, conjurando la maldición de Rudyard Kipling –the twain will never meet! Pero, de repente, en verano de 1997, estalló una desastrosa crisis económica, centrada precisamente en los países asiáticos de ASEM. El Dr. Mahatir atribuyó la crisis a que el ciudadano Geroge Soros había especulado salvajemente contra las monedas de la zona, desde su laptop personal. Pero todo el mundo sabía que las causas eran muy otras. Que, en definitivo, el tigrerío se había visto afectado por la agudización de una serie de males propios que no había sabido o podido conjurar, pese a su aparente fiereza: la falta de transparencia financiera, las prácticas bancarias viciosas, el exagerado poder de los conglomerados industriales –como los chaebol coreanos- y la corrupción rampante, en la mayoría de países afectados.

He aquí un ejemplo de cómo el desarrollo económico –en contra de lo que pretenden vendernos liberales y neo-cons- no supone una solución si no va acompañado también de desarrollo político, social, cultural, etc. Esa es una cuestión que me ha tocado discutir muy a menudo, con mis amigos de China o Vietnam, fascinados por el crecimiento económico, sin más. El desarrollo es un concepto global que transita por diversas vías. La económica es sólo una de ellas, y funciona en la medida en que esté engranada con las demás. Si no, simplemente, no funciona; como quedó probado con la crisis del 97.

ASEM-2, que tuvo lugar en Londres, en 1998, intentó salvar los restos del naufragio. Para ello, se concentró en la crisis y problemas de ella dimanantes y creó un mecanismo de solidad financiera, que ayudó a los asiáticos mucho mas de lo que éstos, en principio, han llegado a reconocer.

ASEM-3, en Seúl coincidió con un momento glorioso. Tres días antes de la apertura de la cumbre, el Presidente coreano Kim Dae-Jung recibía el Premio Nobel de la Paz, por sus esfuerzos para reunificar la Península. Se vivieron, entonces, momentos de entusiasmo. Un gran número de países europeos (España, entre ellos) se lanzaron al

reconocimiento diplomático de Corea del Norte. Luego, las ilusiones se frustraron lastimosamente.

A partir de Seul, ASEM siguió un camino ligeramente errático, básicamente por dos causas: Por una parte, el 11 de septiembre causó notable desconcierto e hizo que se replantearan muchos esquemas internacionales; por otra, la muy lenta recuperación de las economías asiáticas, lastrada por el Sars, las bombas de Bali, etc.

Pero también hubo un factor europeo: Asia había dejado de suscitar el entusiasmo de 1996. Cierto es que la UE estaba viviendo tiempos muy peculiares, que requerían una sólida concentración –lo que, con frecuencia, suele llevar a la introspección. Era el momento de la puesta en marcha del euro como moneda común, de la ampliación de 15 a 23 miembros, de la nueva Constitución europea.

A ello se añadía otro hecho. Europa quizá no sentía entusiasmo, en general, por Asia; pero lo que sí experimentaba era una desmesurada fascinación por China, lo que –por excesiva concentración- actuaba en detrimento de los otros países de la región. China polariza la atención que Europa, desde su mencionada introspección, se digna en prestar a Asia. Dos anécdotas les pueden ilustrar esta actitud:

Meses atrás, ASEF organizó un seminario de alto nivel en Berlín, en colaboración con la Fundación Quandt (BMW), a la manera de un Davos euro-asiático. El alcalde de la capital, que se encontraba en plena campaña electoral, nos ofreció una espléndida cena. En su largo brindis de veinte minutos, estuvo dieciocho hablando de China.

Y cuando, como Director Ejecutivo de ASEF, me ha tocado recorrer las grandes empresas europeas en busca de financiación privada, la inevitable pregunta era siempre: ¿Lleva a cabo ASEF programas en China? El resto, francamente, les importaba muy relativamente.

Estoy de acuerdo en que China es muy atractiva. Su mercado de 1.200 millones de potenciales –porque no olvidemos que una buena parte de su población vive todavía en umbrales de pobreza- consumidores resulta tentador para cualquier negociante avisado; y también es cierto que el momento económico en China es fascinante, ya que esta experimentando, probablemente, el proceso de desarrollo más espectacular de la historia. No obstante, la sabiduría comercial tradicional aconseja algo tan simple como “no poner todos los huevos en el mismo cesto”, con lo que una diversificación de las inversiones cubriendo otros mercados del Este asiático –también de sumo interés- no sería ninguna tontería.

Las dos posteriores cumbres de ASEM (ASEM 4 en Copenhague, en 2002 y ASEM 5 en Hanoi, en 2004) han hecho que el pulso se vaya recuperando, paulatinamente, con cierta vocación de consolidación que ha sido capaz, incluso, de orillar cuestiones tan espinosas como la de la admisión en el diálogo, por informal que éste sea, de una dictadura tan recalcitante como la de Myanmar.

Y lo que sí podríamos decir es que, pese a todos los problemas, la Comisión Europea ha trabajado seriamente en la promoción y mantenimiento del diálogo ASEM, animando a los países miembros a seguir en el empeño, utilizando todo cuanto el instrumento pueda aportar a una mejor relación entre los que no son dos continentes, como usualmente se dice, sino dos regiones de un mismo gran continente: Eurasia. En este punto me gusta citar al poeta francés Paul Valéry, quien solía decir, con cierta nostalgia: “Europa, Europa... ese pequeño cabo situado en un extremo de ese gran continente que es Asia...”

Un hombre ha sido clave, en la Comisión Europea, para el impulso de ASEM: el Comisario para Relaciones Exteriores, Chris Patten – profundo conocedor y amante de Asia, último Gobernador británico de Hong Kong, y autor de un espléndido libro –East and West– cuya lectura recomiendo vivamente. Bajo el impulso de Patten, la Comisión formuló una serie de documentos de base, sobre los que sustentó con comodidad conceptual, el proceso ASEM. El más relevante de todos ellos, hecho público a finales de 2001, lleva por título *Hacia una nueva estrategia con Asia*. En él, se establecen cuatro grandes líneas rectoras de las relaciones entre Asia y Europa:

1. Reconocimiento de la “diversidad” de Asia, así como la necesidad de establecer diversos partenariados, que no obedezcan a un modelo único,
2. Reforzamiento de la presencia política y económica de Europa en Asia,
3. Establecimiento de un mayor equilibrio entre los elementos políticos, económicos, culturales y sociales de esa presencia, y
4. Establecimiento de partenariados de calidad.

En base a esas líneas, el documento propugna seis grandes objetivos que se detallan a continuación:

1. Contribuir a la paz y la seguridad en Asia, como elemento básico de la paz y seguridad global,

2. Reforzar el comercio y las inversiones recíprocas entre ambas regiones,
3. Ayudar a los países en vías de desarrollo,
4. Proteger los derechos humanos, reforzar la democracia, la buena gobernanza y el imperio de la ley,
5. Reforzar el mutuo conocimiento entre ambas regiones (objetivo en el que se atribuía un papel relevante a la Asia-Europe Foundation), y
6. Construir alianzas estratégicas globales, en todo tipo de terrenos, entre Europa y Asia.

Ahí Europa tiene una serie de enjundiosos desafíos. Pero soy optimista en que pueda abordarlos, porque confío, básicamente, en cuatro cosas:

1. Tras la ampliación y la aprobación de su Constitución, Europa volverá a mirar al exterior, como resultado de su propia consolidación interior. Entonces, por las razones ya enunciadas al principio, Asia tendrá que erigirse en prioridad,
2. La Constitución europea conllevará una re-estructuración del despliegue del servicio exterior de la UE –de la diplomacia europea, en definitiva- lo que le dará una mayor coherencia y visibilidad, que la hará mucho más inteligible en Asia,
3. La paulatina estabilización política que se va dando en el Este asiático –principalmente en el Sudeste y muy especialmente en Indonesia y Malasia, tras sus recientes exitosos procesos electorales democráticos- propiciará una reactivación económica que, aunque no llegue a alcanzar el nivel de los antiguos tigres, tendrá que interesar forzosamente a Europa, y
4. La necesidad de diálogos intercivilizacionales a escala bi-regional, como el que ASEM practica, va a adquiriendo urgente prioridad. Piénsese –como pequeño detalle- que, a la mesa dialogante de ASEM, se sientan tres países islámicos (Indonesia, la nación islámica más habitada del planeta, Malasia y Brunei), con la especial capacidad de diálogo que ello puede suponer.

2. La Unión Europea y la península coreana

Quisiera entrar ya, en la segunda parte de mi exposición, acerca de las relaciones de la UE con la Península coreana.

Formalmente, las relaciones son excelentes con la República de Corea, si bien más problemáticas con el Norte. En principio, la UE y Corea del Sur muestran su continuo interés en su respectiva estabilidad, prosperidad y seguridad. Y ello se muestra tanto en el terreno económico, como en el social y político.

En el terreno económico, ambos son buenos socios comerciales. Según datos de la Delegación de la Comisión Europea en Seúl, el comercio bilateral en ambas direcciones fue de 40.000 millones de euros. Esto representa, después de la dramática caída de un 10% en 2001, un incremento del 6.4%; lo que convierte a la República en el cuarto socio comercial, no comunitario, de la UE. Por otra parte, la UE es allí el segundo inversor extranjero. Claro que hay cuellos de botella en los que hay que trabajar intensamente, como es el caso de algunos productos agrícolas y de los astilleros navales. El Presidente Roh ha prometido flexibilizar algunos de los actuales parámetros, lo que permitiría incrementar el volumen de comercio.

En el terreno social, se ha dado en los últimos tiempos una serie de factores básicos que ha permitido un mayor acercamiento en la mutua percepción de valores, que antes más bien nos alejaban mutuamente. Pensemos que, en los años ochenta y noventa, la República de Corea hizo significados progresos en términos de democratización y respeto de los derechos humanos, acercándose a los niveles fundamentales de la UE, al ir consolidando una democracia plural, construida sobre los valores de paz, libertad y solidaridad. Y eso no es una cuestión ni simple, ni banal. Corea del Sur dispone hoy de una sociedad civil bien estructurada, participativa e incluso combativa, que aglutina sindicatos, agrupaciones ciudadanas, fundaciones, ONGs, etc. A mi modo de ver, se trata de la sociedad civil más sólida y consecuente del Este asiático –le va a la zaga la de Japón, aunque todavía muy lastrada por el conservadurismo nipón. Ello crea tensiones, porque la sociedad coreana es la más confucionista del mundo, en términos de valores, ya que –en lo que parece una contradicción- estadísticamente, los confucionistas declarados no sobrepasan el 3% de la población (frente a un 49% de cristianos y un 47% de budistas). Corea aplica con rigor los principios de Confucio para lograr una cohesión social que está en la propia esencia de la construcción de su identidad nacional. Tristán de Borbón Parma, que ha vivido algunos años

en Seúl, subraya que esta filosofía define las relaciones sociales según una jerarquía vertical, basada en tres principios: razón, derecho y sabiduría; apoyados en los cuales, todas las relaciones sociales están codificadas. Este sistema data de 1392, cuando fue adoptado después de un golpe de estado –probablemente el único golpe de estado confucionista de la historia- durante la dinastía Chosun. Claro que hay tensiones entre estas dos visiones: entre los valores tradicionales y los hoy considerados como globales. Pero la sociedad civil de Corea del Sur se va acomodando a ello paulatinamente. Las cosas se mueven en Corea; se palpa en el ambiente. La transición –el movimiento (la “movida”) de la transición, que tan bien conocemos en España- está en la calle; lo que hace de Corea una sociedad desafiante, atractiva, más que interesante, en el momento actual. Y todo ello tiene, por supuesto, unas consecuencias políticas.

En el terreno político, la UE ha sido y es muy sensible a los problemas causados por la división de Corea, por lo que apoya sin reservas el proceso de reconciliación intercoreano, como elemento básico para la estabilidad de la propia Península, de Asia y del resto del mundo. Y, en ello, la UE ha jugado y quiere jugar un papel destacado.

Ya en Julio de 1999, la UE trazó una hoja de ruta para sus futuras relaciones con el Norte. Tras la cumbre de los dos Kim, en el 2000, en sus Consejos del 9 de Octubre y del 20 de Noviembre, inmediatamente después de ASEM 3, prometió incrementar su ayuda al Norte, bajo cuatro condiciones:

1. Que se obtuvieran buenas respuestas a los intentos de reconciliación,
2. Que se respetara la no proliferación de armas nucleares,
3. Que dejaran de conculcarse los derechos humanos, y
4. Que se introdujeran cambios estructurales en su economía.

Hay que reconocer que se trataba de una difícil papeleta; pero eran tiempos de optimismo. Recuerdo, personalmente, el entusiasmo con que la reunión de los ASEM Senior Officials a la que fui invitado para informar sobre ASEF, preparó –en Estocolmo, durante la Presidencia sueca de la UE, en 2001- la visita del Primer Ministro Goran Parsson, del Comisario Patten y de Javier Solana a Seúl y Pyonyang, considerándola como un notable paso histórico en el proceso de reconciliación de la Península. La visita se efectuó en mayo del 2001. Los resultados fueron más voluntaristas que efectivos y, como tales, se fueron diluyendo con el tiempo.

Pero, aun pese a ello, la UE sigue comprometida con los esfuerzos por promover la paz y la estabilidad en la Península. Citaré tres ejemplos, bien gráficos de esa voluntad:

1. La participación de la UE, como miembro, en el KEDO (Korean Peninsula Energy Development Organisation), una institución que, pese a sus delicados problemas de funcionamiento, puede jugar una cierta función estabilizadora; a la que la UE ha aportado alrededor de unos 100 millones de euros.
2. La UE es uno de los mayores donantes de AOD a Corea del Norte: unos 250 millones de euros, en ayuda alimentaria, rehabilitación agrícola y asistencia humanitaria, y
3. La UE está proporcionando asistencia técnica para el desarrollo sostenido del Norte en diversos campos (muy especialmente el de la reestructuración económica).

Ello prueba que la UE se ha alineado siempre con las soluciones contemporizadoras y pacíficas. La UE no cree en “ejes del mal” y más bien desconfía de los embargos, cuya inutilidad ha quedado bien patente en casos como el cubano.

Es una verdadera lástima, que de alguna manera habría que intentar corregir, que la UE no se siente en la mesa de las negociaciones a seis, donde podría aportar sensatez y fuerza política. A mi modo de ver, la UE tendría que haber jugado esa carta con vehemencia y, aunque haya perdido la primera partida, no debiera cejar en el empeño de estar presente en tan importante proceso de negociación o, al menos, en sus secuelas inmediatas.

Pero, aun así, la UE seguirá trabajando en la línea establecida, coordinándose con Corea del Sur para hacer realidad, de manera pragmática y efectiva, el sueño de la reunificación, desde el convencimiento de que aportará una considerable dosis de seguridad a la escena internacional. Y conviene, además, que esta actitud sea conocida por el ciudadano del Sur, que la puede contemplar con suma simpatía, aunque sea como mero contrapunto a las distintas y, en ocasiones, prepotentes actitudes de los EEUU –cual ocurrió en el caso del reciente e impune atropello de dos jóvenes sur-coreanas por un vehículo militar estadounidense, que sacó a la calle a millares de manifestantes.

La UE es, en definitiva, sensible a la reconciliación coreana, porque las ideas de reconciliación y construcción en común están en la

base de la propia Unión. Y, todo hay que decirlo, tenemos ya una cierta experiencia en reconciliaciones y construcciones en común.

Y acabo con una anécdota. Paralelamente a la reunión de ASEM 3, en Seúl, ASEF convocó un Seminario de Editores de Prensa asiáticos y europeos, en colaboración con la poderosa Korea Press Foundation. En su curso, un número selecto de sus participantes fuimos invitados a departir, en la Casa Azul, con el entonces Presidente Kim. Por supuesto que el proceso de reunificación centró la conversación. Kim dijo que tenía en mente, como horizonte para completarla, el año 2050. Pero Theo Sommer –que fue durante muchos años editor en jefe de *Die Zeit* y, por ende, privilegiado testigo de la reunificación alemana– le contestó explicándole que los políticos pueden tener su agenda, para ese tipo de cuestiones, como Willi Brandt la tuvo, con respecto a las dos Alemanias. Pero que, de repente, los pueblos la pueden variar en una sola noche...

Por mi parte, soy optimista. Y desde mi optimismo, quisiera evocar un bello poema del poeta coreano Yang Sa-on, que vivió a caballo entre los siglos XVI y XVII:

“La montaña es alta.
Pero más de uno se queja de su altura,
sin intentar ni siquiera escalarla”

Estoy seguro de que, para ese cometido, nuestros amigos coreanos podran siempre contar con la ayuda y la solidaridad de todos nosotros, ciudadanos de la Unión Europea.